

Más Grandes que Jesús

João-Clóvis Bruselas



# MAS GRANDES QUE JESÚS

**JOÃO-CLÓVIS  
BRUSELAS**

## Capítulo 1

Llevaba semanas sentándome a componer en la habitación de la planta alta del PH reformado que alquilaba en La Paternal, precisamente sobre el pasaje Rousseau, a metros del puente sobre la avenida San Martín, de las vías y de la villa. En ese cuarto improvisaba mi estudio, allí tenía mis instrumentos y las consolas que, junto a la laptop, me servían para crear algunos sonidos nuevos que pensaba meter en el próximo disco. Les decía a todos, mis amigos, y a mi pareja Ailín, que estaba en proceso creativo pero, en realidad, estaba casi creativamente muerto, en terapia intensiva, estaba tan muerta mi creatividad que en vez de componer mataba las horas improductivas reproductivas jugando a un juego de estrategias, muy viejo, de principios de siglo, llamado Civilización. Era atrapante, comenzabas sólo con un aldeano trabajador, y una especie de guerrero, y debías crear una nueva comunidad en el año dos mil o tres mil antes de Cristo, a partir de allí viajabas a través de la historia mientras creabas y evolucionabas tus ciudades, creando pirámides y jardines colgantes, grandes bibliotecas y enormes monumentos de colosos mitológicos, todas las ciudades conformaban un imperio que crecía sin parar. Siempre debías andar con precaución y con diplomacia porque los otros imperios intentarían atacarte en cualquier momento mientras te distraías investigando el alfabeto o inventando la electricidad. Los emperadores rivales siempre intentaban atacarte o robarte terreno, a veces solos y otras con alianzas inefables y carentes de un honor que creía que todos tendríamos. A mí me gustaba mucho crear universidades, bibliotecas, obras emblemáticas y diversos íconos culturales, pero al hacer eso debías dejar de atrás los recursos armamentísticos, por lo que en un descuido estabas siendo atacado por salvajes guerreros americanos, romanos o fenicios, que en vez de crear arte se preparaban para la conquista mediante la guerra. ¡Malditos!. Esos ataques hacían que uno dejara de lado la idea pacifista de un mundo armonioso y se dispusiera a invertir más en aparatos bélicos que en edificios educativos, por lo que a la larga terminé invadiendo territorios adyacentes de vecinos para que no me molestaran o porque necesitaba sus recursos naturales. Lo curioso es que una cosa llevó a la otra y, en un momento después de largas horas ininterrumpidas de jugar, como a las cinco de la mañana, envié una dotación de bombas atómicas a ciudades enemigas, no quedó nada más que la ruina. Me sentí satisfecho, contento de haberme hecho respetar en ese juego, pero también me sentí un poco mal al imaginar esos pequeños seres que vivirían allí, luego me lo pensaba mejor y caía en la cuenta que nada era real, me reconfortaba saber que todo era ficticio, luego volvía a dudar. ¿Era realmente así? En mi imaginación esos países y sus ciudades existían, así que esas muertes podían ser verdaderas, al menos por un instante en mi imaginación de semidiós virtual. Me recosté en el sillón que daba a la ventana y que me dejaba ver la casa como si contemplara un imperio, debajo las escaleras y el resto de la casa, las habitaciones, el

baño y la cocina. Encendí la televisión para ver las cosas que sucedían en el nuevo orden mundial, que se asemejaba mucho al viejo orden mundial. Me pregunté cómo es que simples seres ignorantes, ceros a la izquierda como nosotros, podríamos saber que estaba sucediéndose una cosa tan magnífica como eso, un nuevo orden mundial para dominarnos a todos, cómo si esa dominación no fuera algo que no hubiera ocurrido antes, como si los Rothschild o los Rockefeller, los Medici o cualquier otro banquero poderoso de cualquier lugar del mundo en cualquier momento de la historia recién se diera cuenta hoy que debía dominarnos. ¿Ésta gente que creería, que nos dominaban los comunistas panaderos de principios del siglo veinte? ¿O eran los anarquistas? Por un momento sentí que todo escapaba de mi comprensión, como ese niño inexistente del juego Civilización que murió bajo mis bombas virtuales y que nunca imaginó que había un ser que movía los hilos de todo su mundo. Se lo comenté a Ailín cuando, después de despertarse a las siete de la mañana, subió las escaleras hacia mi estudio, me respondió que era muy temprano para estupideces, me mandó a dormir mientras desayunaba y se preparaba para salir a tomarse el colectivo 24 que la dejaría, después de una hora y media, en el centro. Trabajaba en algo que tenía que ver con cosas de reventa de textil o algo así. Mi cabeza no comprendía porqué elegía quedarse en mi casa más que en la suya, por alguna razón prefería viajar ida y vuelta, en un total de tres horas diarias en colectivo, que dormir en su casa y caminar diez minutos hasta el trabajo. Tal vez su casa era un infierno y se sentía más cómoda o con más libertad compartiendo mi casa conmigo. En esas últimas semanas casi no nos veíamos más que un rato a la mañana, éramos un matrimonio en sus últimos instantes sin ser siquiera un matrimonio, no sé bien que éramos pero prácticamente ni siquiera teníamos relaciones sexuales, los conocidos nos veían como novios o algo similar difícil de etiquetar en un mundo donde ya nada puede etiquetarse. Todo había sido muy raro durante la pandemia, nos quedamos encerrados juntos durante la cuarentena por un azar del desconcierto y del sentimiento de enamoramiento que se siente ante el inminente caos mundial, y allí quedamos, sin preguntarnos ni aceptar nada, seguimos por inercia después de que pasó el encierro. Ella salía más a la calle que yo, que había quedado con un poco de cuarentena en el cuerpo, casi no salía más que para hacer lo necesario o pasar música en algún lugar. No tenía miedo pero no quería salir como antes, el invierno tampoco ayudaba, prefería quedarme en casa y sociabilizar desde la virtualidad haciendo transmisiones en vivo, enviando archivos de audios que servían para hacer algo de dinero que me permitiera no derrochar los ahorros que guardaba para quien sabe que cosas, no había planes futuros, flotaba esperando que algo suceda para que me reseteara en ese nuevo orden mundial dónde ya no se podía viajar para conocer gente y la gente que conocías se estaba reproduciendo a pasos agigantados, como si lo mejor para la humanidad fueran nuevos humanos. Nos conocimos porque Ailín me contactó para hacerme una entrevista para la radio en la que trabajaba como productora, trabajar es un decir, en realidad estaba inmersa en el sistema esclavo en el que las producciones de programas de

radios, de televisión y de películas se abusan de jóvenes estudiantes de carreras afines con dudosas salidas laborales futuras, los contactan en el segundo o tercer año de la carrera y les prometen ser parte de un mundo maravilloso, que nada tiene como tal ya que allí se cometen los peores abusos y denigraciones personales, por parte de aquellos que si cobran un salario, hacia sus subordinados. Mi primer experiencia como asistente impago terminó mal, recuerdo que un enano productor de Canal 7 tuvo la arrogancia de gritarme delante de todo el mundo, nadie llevó el apunte del suceso bochornoso porque era algo normal, recién levantaron la mirada cuando tomé del cuello al enano productor y le pegué un cachetazo a mano abierta en el medio de la cara, luego lo solté y lo dejé caer en el suelo ante la mirada atónita de todos y la sonrisa complaciente de otros pasantes. El asunto, que había ocurrido a principios de siglos, en mis años como estudiante de periodismo, me había servido para alejarme de ese mundo y dedicarme a lo que verdaderamente me interesaba, la música. Ailín estaba atrapada en ese sistema, como todos, me contactó por una red social y nos encontramos en un café, La Panera Rosa, ubicado frente al cementerio de Recoleta, nos sentamos en las mesas de la vereda porque el sol se escondía entre la fachada del local y hacía que la tarde no fuera tan calurosa, pedimos unos cafés y comimos dos porciones de cheesecake. Mientras me hacía preguntas, un poco aburridas, naif y guionadas, se nos acercó un hombre a vendernos unos pares de medias, le dijimos, con desdén, que no necesitábamos y continuó ofreciendo sus productos en otras mesas a nuestro alrededor. Del interior del restaurante se asomó por la puerta una señora de unos cuarenta años, salió y se acercó al hombre, que seguía ofreciendo sus productos a un par de gringos que bebían un café helado, luego se presentó como la gerente del lugar y, acto seguido, lo intimó a desistir de molestar a sus clientes. Éste no le hizo caso y le respondió, con desinterés e indiferencia, que la vereda era pública y que, como ciudadano libre, allí podía vender lo que quisiera mientras no se metiera en el local. La gerente, no contenta con esa fatal y lógica respuesta, torció su boca y llamó a un subalterno para que lo obligara a salir, el subalterno, que, mientras se acercaba a la gerente, hacía gestos de que era una locura echar a alguien de la vereda, se negó diciendo las mismas palabras que el vendedor y volvió hacia adentro para meterse en su lugar de encargado frente a la computadora desde donde parecía dirigir a sus empleados. Herida en su orgullo, por la rebeldía de su empleado que la expuso ante todos allí, la mujer llamó a unos policías de la ciudad que se encontraban a pocos metros, sobre la esquina. Estaban mirando la nada misma, que parecía perpetuarse sobre las paredes del cementerio de la Recoleta, de una forma casi existencial, les pidió a los gritos que quitaran a ese vendedor porque era un posible ladrón. Desde las mesas los propios clientes, en pedidos que se hacían en castellano, portugués e inglés, les dijimos que no era necesario hacer ningún escándalo sobre eso, era más molesta la mujer que el vendedor de medias. De todas formas los policías decidieron hacer lo que siempre hacen, llevar la contra a toda lógica y pensamiento colectivo de los civiles para crear un caos innecesario, en un movimiento grotesco redujeron al

pobre tipo que se resistió mientras gritaba que la libertad era una obligación más que un derecho. El americano se levantó indignado de la mesa, cómo si éstas cosas sólo pasaran en los países tercermundistas a los que iba a pasear y no en su casa dónde el lema es respirar libertades ajenas, luego increpó a los policías en un español anglosajón que nadie entendió ni una palabra pero que todos supusieron que decía que dejaran en paz al pobre hombre, detrás del gringo se levantó un brasileño que también los increpó, los policías de la ciudad parecieron entender a éste un poco mejor pero tampoco le hicieron caso, por último me levanté yo, sin ganas, apesadumbrado, molesto y enojado por tener que hacer algo por alguien que no me interesaba en lo absoluto, pero odiaba más a la policía que a cualquier otro empleado de cualquier otra cosa. Me encaré primero con la mujer del restaurante, le dije que era poco más que una imbécil, una pobre diabla del conurbano con ínfulas de aristócrata de Recoleta, ella me miró como si fuera la víctima de lo sucedido y no supo hacer nada con su boca abierta, después les dije a los uniformados que eran unos pobres ignorantes sin sentido de lo común, que no podían andar por la vida molestando a gente ignorante que se gana la vida para sobrevivir, nadie dijo nada a excepción del hombre que vendía medias, que, corriendo la cara de las manos de los policías, me informó que era estudiante de sociología en la U.B.A. Todo eso quedó documentado en el teléfono de Ailín, que se encontró con que había ido a buscar cobre y de repente había encontrado oro, sin darse cuenta había pasado de tener una aburrida entrevista acromática sobre mí persona a documentar con un video el momento en el que me reducían los policías y me llevaban esposado hacia un patrullero, del que bajaban otros dos policías intensos y con un hambre voraz de violencia que sólo se saciaría golpeando perejiles como nosotros. Fue Ailín la encargada de mi liberación ya que les dijo que iba a subir el video de como hostigaban a un pobre vendedor y de cómo se llevaban detenido a un reconocido artista musical que había acudido en defensa de aquel hombre. Los muy inocentes y naifs uniformados nos soltaron con la promesa de Ailín de que no subiría el video, pero Ailín, con su inteligencia y su labia, sabía que aquello podía hacerla probar las mieles de la fama, no tardó ni cinco minutos en subirla a todas y cada una de sus redes sociales. Su popularidad creció esa misma noche, saltó a la fama durante unos días pero luego todos se olvidaron de ella, hasta en su trabajo como pasante donde la echaron por falta de ética, o algo así. En cambio a mí me llovieron entrevistas, mi popularidad parecía subir cada día más, me contactaron diversos productores, me prometieron financiar mi próximo disco y hacer un show con el mismísimo Hernán Cattaneo. Había pasado de ser un D.J. del montón a ser alguien gracias a un suceso aleatorio de la vida que había grabado una persona random de una radio pequeña de la ciudad. De repente las marcas me ofrecían equipos nuevos, que irían a modificar mi estudio para mejor, ya que contaría con productos de primer nivel, a cambio me pedían que hiciera pequeñas transmisiones audiovisuales en vivo, donde usara y se vieran esos equipos. Al principio todo fue maravilloso, todos me hablaban, todos querían grabar conmigo, las

mujeres me llamaban para acostarse conmigo, hombres desconocidos me invitaban a todo tipo de lugares, conocía gente famosa y miles de cosas más que antes me parecían interesantes por ser desconocidas y codiciadas pero que, en realidad, me resultaron soporíferas y artificiales. Prefería pasar el tiempo con mis viejos amigos, los que me conocían desde que era un pobre diablo tocando en una fiesta de cumple de quince años. Al tiempo también me aburrí de hacer transmisiones en vivo con sonidos que eran demasiado pobres para un músico como el que yo creía que era. Luego la pandemia nos encontró a todos en medio de algo y allí quedamos atrapados, como lo estoy ahora, con contratos lastimeros y usureros que me obligaban a tener listo un disco en poco tiempo. Todo el mundo clama por la libertad de Britney Spears o de Paulo Londra, mientras yo debía decidirme entre componer algo por nada o perderlo todo en manos de algún juicio de mis productores por no cumplir los contratos. La fama por sí sola no me daría de comer, al contrario, me exponía y me perjudicaba, así que me puse en la tarea de entregar algo, cualquier cosa. Busqué entre las cintas viejas, guardadas en cajas arrumbadas en una pared húmeda, a ver si encontraba alguna pista salvadora que sonara más o menos bien, algo ridículo de mi adolescencia que me sirviera. Nada, parecía que mi esencia estaba tan dormida como todo el resto de mí ser, no había ninguna fibra, ningún nervio creativo en mi presente ni en mi pasado.

Hace días que estoy dando vueltas sin saber qué hacer, los días se me hacen eternos mientras deambulo en el 24 con su viaje perenne, y en el subte, no tengo a dónde ir, no sé qué hacer. Miento diciendo que salgo a trabajar pero en realidad me da vergüenza decir que ya no trabajo, que me echaron por quejarme todos los días toda la jornada, lo mío no es el trabajo de obrera, de comercio o de jornada de diez horas, yo soy artista y mi horizonte son los medios. Además me fui de casa, no tengo dónde caerme muerta, así que voy de un lado a otro colgada del transporte público, recorro Belgrano, el Centro, Retiro, Caballito, Villa Crespo, San Cristóbal, paseo por debajo de la ciudad, el subte es el único lugar en el que me puedo colar y andar sin ningún rumbo mirando todo en una iluminación sepia que me invita al suicidio, esa luz en los vagones es capaz de deprimirme más que nada, más que todo. Me siento en los bancos de la estación de subte de Plaza Italia, porque allí hay wifi gratis con buena señal como para usar el iPad, me tomé un café, como tortillas salteñas y envió correos electrónicos con mi currículum para ver si alguien me quiere contratar, hasta ahora no hubo suerte. Cada tanto me cruzo a alguien que desciende de algún vagón, todos me preguntan que estoy haciendo, siempre respondo lo mismo, que estoy esperando a alguien, un nombre random que no conoce nadie. Por la tarde visito a alguna amiga y después recorro librerías buscando títulos de libros para piratear y leer más tarde o al otro día en alguna plaza. Cuando el sol comienza a hacerse tenue me subo de nuevo al 24 para emprender el regreso a La Paternal.

Anoche por fin vino a dormir a la cama, está apagado, aburrido y fuera de conexión con la realidad, vive en una nube de pedos, el muy boludo cree que es un artista excepcional y que las productoras lo tienen contra las cuerdas. Tuvo el ojete de que yo lo grabara justo en un momento de su vida, de que lo expusiera en el único instante de lucidez que había tenido en todos sus treinta y seis años. Fue famoso por unos días, pero no por su música decadente y aburrida sino porque se peleó con dos policías sin neuronas, dos tipos con uniformes, producto de un sistema que no puede diferenciar a los chorros de los demás, si no fuera por el uniforme serían ellos los que robaran... o, tal vez, los que vendieran medias en los restaurantes. Estoy con éste tipo que se cree la súper estrella y ya no me lo banco, no lo soporto más, vive perdiendo horas en ese mini estudio, que lo tiene gracias a mí, jugando a los jueguitos aburridos de hace veinte años cuando era un adolescente pelotudo, ahora es un adulto pelotudo que no hace nada, que se quema los ahorros alquilando ésta casa enorme, no tiene sentido, vivimos nosotros dos nomás, nadie nos visita, nadie más viene a visitar ni mucho menos se queda con nosotros, con esto de la pandemia, con el virus que había llegado para quedarse dos semanas y ya le estamos cantando el cuarto feliz cumpleaños. ¿Qué sentido tiene vivir así? Ojalá muriéramos todos, porque éste mundo ya no se sostiene con el cuento del amor, se nos fue todo a la mierda. Me di cuenta anoche, en la cama, mientras leía un libro y él se quedaba mirando algo en su iPad, no amo a nada, a nadie, no hay cosa que me motive a estar con alguien, la vida se hace un show aburrido, no me interesa siquiera tener sexo, cosa súper sobrevalorada, al igual que la gente o los mismísimos perros, ¿Por qué todos los quieren? Sobrevaloradísimos seres que viven pendientes de nosotros, los humanos, y nos rompen las bolas ladrando o chupeteándonos las manos sin que se los pidamos. Estaba a punto de dejarlo como para, al menos, auto obligarme a hacer algo, estaba a punto pero se me ocurrió que podría pasar algo un poco menos monótono, se me ocurrió que podría hacer un video nuevo que nos llevara de nuevo a un nivel de popularidad que nos permita tener unos mangos para ir a algún lado, juntos o separados, da igual, total después de todo este tiempo ni nos excitamos juntos, qué más da si recobramos el sentido de querer darnos placer con otras personas. Ya no hay nada que me excite, no hay hombre en el mundo que en éste momento me genere algo, tampoco sé si lo quiero. Se me ocurrió que podríamos grabarnos en una nueva situación, en un momento álgido que nos haga transgredir, alguna regla o algún tabú moderno explícito que nos sirva para chocar a la sociedad sin que tengamos que recurrir a eufemismos o metáforas. No se me ocurrió nada, por eso es que hay pocos artistas conceptuales, porque es muy difícil sobresalir. Se lo conté a él, que puso cara de marmota, como pone siempre que le planteo algo, me respondió que mañana lo hablaríamos mientras se acomodaba para dormirse al otro lado de la cama, entre medio de los dos el océano atlántico, del otro lado yo sin poder dormir y pensando que a la vida le falta aventuras. Estaba a punto

de dormirme cuando de repente se me ocurrió, si i por fin!

Nunca pensé que hiciéramos tanto revuelo en nuestra búsqueda de la fama que creíamos pendiente, con un simple video pusimos al país de cabeza y generamos discordia con, por lo menos una decena de países de todos los puntos cardinales del mundo. La que tuvo la idea de todo fue Ailín, pero jamás me atrevería a decirle a la Policía Federal, a la S.I.D.E, a Interpol, Europol y la mismísima C.I.A. que ella fue la que pensó este juego que se nos fue de las manos. Quisimos ponernos en la mira nacional, para resurgir como artistas sin miedo a nada pero terminamos colocando a la Argentina en el ojo del huracán, Estados Unidos, Brasil, México, España, Francia, Australia y otros países sub desarrollados piden por nosotros, por Ailín, yo y el resto de los argentinos, logramos hacer lo que nadie jamás pudo, cerrar todas las grietas, no nos quiere nadie, ni los aborteros, ni los anti abortos, ni los peronistas ni los anti peronistas, ni los de River ni los de Boca, ni Católicos ni Musulmanes ni Judíos inadie!, y no es para menos después de una amenaza mundial que hicimos seguido de una serie de eventos desafortunados que nos perjudicaron hasta el punto de estar privados de nuestra libertad. Alberto Fernández da una conferencia de prensa en el que dice que nos van a extraditar al país que mayor porcentaje de la deuda externa nos perdone, dijo eso, lo juro y nadie salió a criticarlo, hasta los más acérrimos defensores de los derechos humanos están a favor de saldar la deuda con nuestras cabezas.

Un policía se acerca a mí y me dice que tengo que confesar dónde están la ojivas de las bombas nucleares que tenemos desparramadas por todo el mundo, les digo lo mismo que les digo desde el momento en el que irrumpieron a los tiros en la terraza de mi casa en La Paternal, no hay ninguna bomba, todo es un juego en el que quisimos fogonear mi último álbum para que la gente corriera a escucharlo en todas las plataformas de música, se da vuelta como para irse pero en vez de eso gira sobre sí mismo y me sacude una trompada que me hiere hasta el hueso más profundo de mi cabeza, el dolor es insoportable, sólo espero que Ailín no esté sufriendo lo que yo y pueda explicar de una forma mejor que todo fue un juego. Justo cuando pienso en ella el policía me dice que ella ya me delató, que me van a electrocutar en la silla eléctrica que ya tienen preparada para mí en una cárcel de Texas, me río porque el tipo se trabó en la parte de electrocutar, como el comandante Ricardo Fort cuando le decía a su madre que no metiera el cuchillo en la tostadora. Mi sonrisa hace que el tipo me pegue una trompada más fuerte que la anterior, esto provoca que me ría con alaridos y que después comience a llorar como un imbécil, para gritar que son todos unos idiotas porque no se dan cuenta que no somos terroristas, es increíble que no puedan cruzar ninguna investigación, Ailín y yo no tenemos ni una multa por pasarnos un semáforo en rojo. El policía me pregunta entonces porque amenazamos al mundo con bombas nucleares, le dije que saqué la idea de un juego viejo que se llama Civilización, que me pareció gracioso y que después de eso



presentaría mi disco electrónico llamado "Nuclear".

Alberto Fernández, si, el mismísimo presidente de Argentina, se sienta frente a mí y me pregunta si es cierto que todo fue una mentira, si es verdad que malgastamos miles de millones de dólares de decenas de países en el mundo para promocionar un disco, le digo que sí pero que no fue nuestra intención hacer tal cosa. El presidente mira hacia abajo y después niega con la cabeza, me toca el hombro casi con deseos de protección y después me agradece, me dice que hemos salvado al país de una tragedia económica que nos haría regresar directamente a 2001. Me comenta que la versión oficial va a ser que somos unos terroristas y que nos van a entregar al país que el F.M.I. decida, a cambio de que nos juzguen en algún país en el que nos tengan guardados un buen tiempo, no importa si somos inocentes, porque si sale a la luz nuestra versión inocente, todo sería para peor, porque ante los ojos del mundo todos habrán entrado en pánico por nada y las principales potencias quedarían como estúpidos una vez más.

Alberto sonrío, sabiendo que será reelecto gracias a mí y a una extraña idea para sacar adelante las famas de un D.J. acabado y su novia. El presidente se va mientras silva un tema de Bob Dylan, luego ríe mientras le dice a alguien que preparen todo para llevarnos. No tengo mucho tiempo más, sólo quiero decirles que tengan cuidado con lo que sueñan, nosotros buscábamos fama y encontramos el reconocimiento mundial, salvamos a un país hundido en la miseria y el disco de mi novio seguramente será más escuchado que cualquiera de los Beatles, porque nosotros logramos lo que nadie, si, somos más grandes que Jesús.